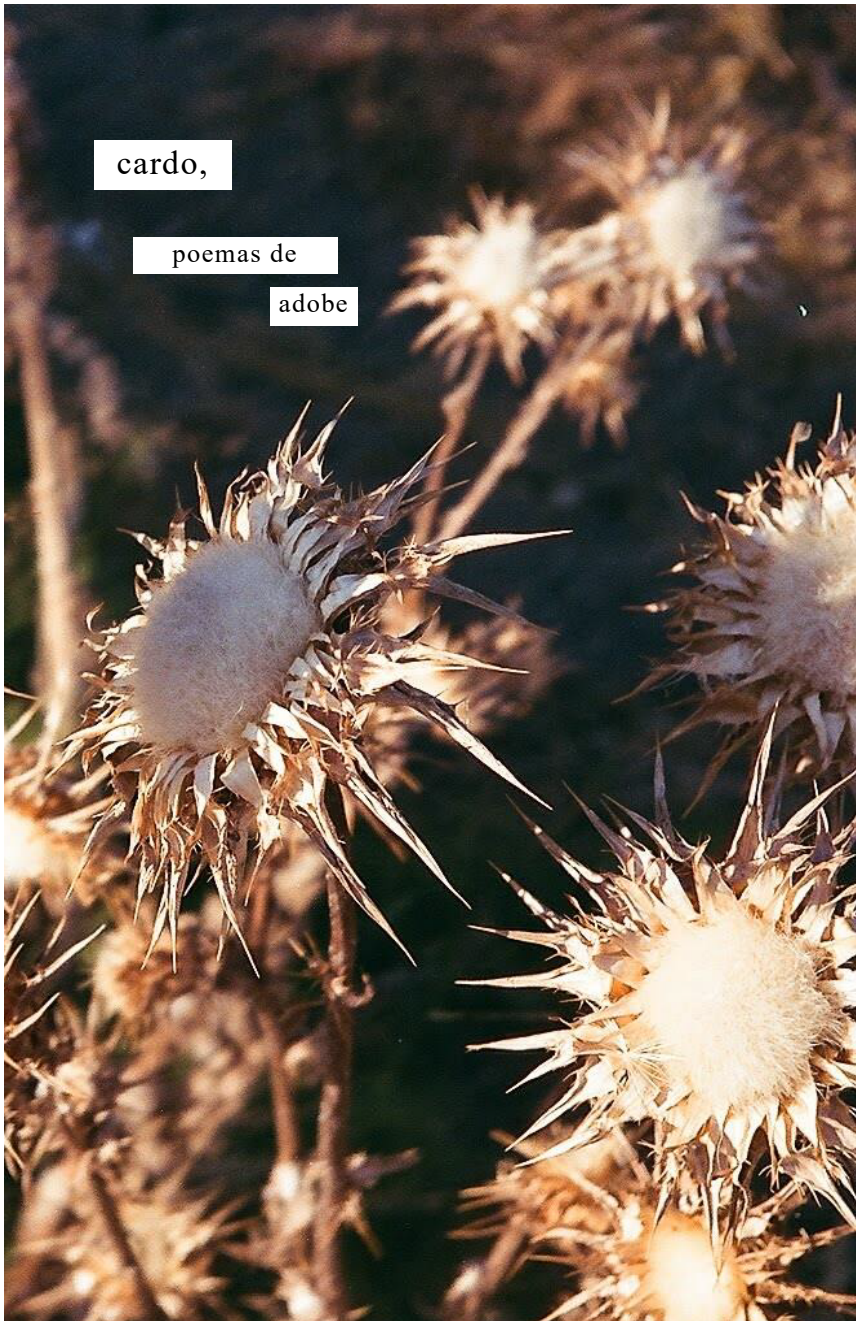


cardo,

poemas de

adobe



---

## prólogo

queda por investigar  
lo que significa  
vivir en Salamanca.

hay alguna pista;  
por el color puede decirse  
que esta ciudad  
es la continuación perfecta  
del campo de Castilla,  
de la tierra y el polvo,  
del cardo y el cereal.  
la piedra de villamayor  
es adobe real.

pero hay que averiguar  
cómo afectan los vientos  
de las calles largas  
a los charros  
o qué significa exactamente  
pasar por la plaza  
de noche.

hay que nacer aquí,  
al menos una vez,  
cuando sea,  
y crecer aquí,  
irse,  
pensar en nunca volver,  
volver,  
amar esta ciudad como un nido,  
hacerla frágil,  
exiliarse  
y llorar el exilio,  
volver,  
envejecer,  
rodearla  
y conocer a mucha gente  
que se haya ido  
y a mucha otra que,  
por algún motivo,  
se quedó.  
hay que parar una mañana  
en la niebla  
para rezarle a la catedral

y a las cigüeñas,  
escuchar el sonido de los camiones  
que mojan las ruedas  
en las calles recién lavadas  
en las calles que nunca  
debieron ser para camiones.  
enamorzarse, supongo,  
caminar enamorado  
y volver a pisar  
por donde una y otra vez  
se ha pisado.  
cada poco se conoce un secreto.  
debo averiguarlo,  
porque no es nada que me puedan  
decir.  
la gente no sabe  
que vive en una ciudad  
y que encima está el cielo.  
hay que morir aquí,  
ahogarse en el Tormes  
y volver  
cuando no haya nadie

————— **cardo vivo**

cardo I

cardo, cardo, poso del cielo  
en el campo,  
florece.

vuelve a manchar de tierra  
el aire.

sube tu corazón como una mano.

nueva

cada brizna está atenta,  
trinan los pájaros su llegada,  
los campos se colorean,  
el cielo se aclara.

encima de una bodega  
lo espero sentada.  
adivino ya en el aire  
su mirada.

este campo liso tiene  
poca envidia de las aguas,  
guarda sus mismos reflejos,  
olas secas y palabras.

las granjas parecen colmenas  
con esta luz suave y temprana,  
y solamente son sombras  
las lejanas espadañas.

mis ojos vieron la nueva  
y salieron a buscarla;  
otros oídos la encuentran  
en las ocho campanadas.

versión castellana de un viejo

poema budista

soy el Sol y el trigo seco por el Sol.

soy las manos arrugadas de la

abuela

que perdió el pecho por el cáncer

repartiendo alegre siete cartas

a sus ya pocas amigas.

soy el cáncer, soy las cartas.

soy los caballos que comen el

prado.

soy el prado que crece

por las heces del caballo.

soy el perro del pueblo,

soy sus pulgas y el cariño regalado

de los niños que a veces juegan con

él.

soy el viejo que mató a palos a su

mujer

y que ahora muere solo y loco.

soy su rabia y su pena,

así como fui el dolor y las marcas  
de su esposa. Fui sus rezos.  
soy la tierra que a él cobije,  
soy su caja de madera,  
soy su lápida de piedra,  
soy los brotes que se cuelan  
por las grietas del cementerio.  
soy el río escondido y  
su frescor frondoso que permite  
las palabras de un poema.  
soy la brea caliente que muerde el  
campo,  
el ruido del choque y el coche  
destartalado,  
las dos piernas que el joven  
no podrá nunca más mover  
y su alegría y su baile  
algunas horas antes.  
soy el sonido de los pasos  
sobre las piedras del camino  
que llevan a una nueva fábrica.  
soy la fábrica nueva,

las grandes ruedas de tractor,  
las fotos amarillas de nuestra boda,  
la sangre que baña al cerdo  
colgado,  
su belleza y su asco en los ojos del  
nieto,  
el llanto del nieto,  
las tablas que crujen porque pasan  
los ratones.  
soy los rumores y el viento,  
la envidia de las señoras,  
un vaso de leche,  
la harina del pan, el pan trabajado,  
un horno en desuso y los gorriones.  
soy los gatos que nacen cada año  
y aquel que vive con su madre  
y deja en la basura una bolsa azul  
con cuatro nuevos gatos muertos.  
soy los gatos muertos, recién  
nacidos,  
y el moho que empieza a  
confundirse con su pelo.

soy un grito de odio verdadero  
y de miedo,  
sin motivo,  
de un sobrino a su tío,  
o de una madre a un hijo  
porque va a romper la silla  
en la cena de navidad.  
soy la silla, la madre, el hijo,  
el tío y el sobrino, las uvas, el  
membrillo  
y el queso, el mantel rojo,  
el frío del pobre borracho  
y sus montones de basura,  
el alcohol y las bocas  
de los chicos que celebran.  
soy la importancia que tiene todo  
esto  
en el recuerdo y en el cuerpo  
de quienes hablan en la plaza  
o quienes ya bajo sus mantas  
intentan dormir.

## silencio

Si mi mente es un paño sucio,  
el silencio es agua caliente.

Déjate caer  
allí donde no hay nadie,  
allí donde tan solo se escucha  
el crujido de los picos de las aves  
y los pasos secretos  
de las liebres salvajes.

## campo y carne

Soy de carne  
y puedes ver mi corazón latir  
entre mis costillas, donde tiembla  
una pequeña membrana  
de pálida piel.  
A veces se olvida,  
no parece que mi piel rosada y  
sensible pertenezca al mismo campo  
que todos estos seres.  
Dos olivos y un pino  
dan la bienvenida a un estrecho  
pasillo,  
un gran jardín entre un riachuelo  
y una loma de tierra clara.  
Bailan bajas las golondrinas,  
y te rodean;  
los conejos pardos se asustan  
y se meten en alguno  
de los muchos agujeros  
que han excavado en los desniveles.

Un pequeño cráneo brilla  
entre los cardos verdes, entre las  
colzas.

Se escucha la textura del viento  
cuando una corneja quiere alzar el  
vuelo.

Mucho más alto vuela una rapaz,  
que hace no mucho dejó  
el nido que esconde en la cima  
del árbol más alto del río.

Suenan muchos sonidos.

Todo pertenece.

Solo algunos ladridos angustiados  
se dejan oír desde el pueblo.

Lo demás, tranquilo.

Una pareja de patos  
cruza de pronto el prado, y da la  
vuelta, una curva preciosa.

Piso culpable los brotes  
de una parcela trabajada  
para ver más de cerca aquel nido  
del que te hablaba.

Unos ojos de ave han recorrido  
mil veces estos campos,  
han rodeado el palomar y se han  
posado para recoger una pequeña  
rama.  
Sin mapas ni escuadras ni metros ni  
andamios  
han colocado pacientes  
cientos de palos  
en el hueco discreto que formaban  
dos grandes brazos de un árbol.  
Creadores, desconociendo  
las caras de sus polluelos,  
sin Idea, han construido.  
Una obra perfecta, nueva, adaptada.  
Han decidido, han trabajado.  
Y viven en paz en la ribera.  
Siento muy fuerte el impulso del  
campo, que parece querer  
conquistar  
(o acariciar al menos)  
el aire vacío.

Mucho aire hay en Castilla, mucho  
cielo.

Mucho que dejar vacío y en paz,  
mucho que acariciar.

Grandes nubes, muy blancas,  
aunque nunca del todo  
protagonistas.

Mucho cielo.

Una gran creación.

Una gran actividad.

¿Una gran idea?

Un buen gesto.

Dios, inmanente y trascendente.

Gran agente.

Aquí se ve claro Tu deseo,  
en este prado.

Qué verde y qué claro,  
y qué simple con esos colores  
simples de las amapolas, las  
margaritas y las lilas.

Y qué simple la tierra.

Qué adecuado el palomar,

qué familiar,  
de la misma familia del campo,  
de tierra, de paja, de barro, de teja.  
El Sol, qué callado.  
Dios, trascendente e inmanente.  
Gran paciente.  
Mira desde las hojas,  
desde los conejos  
y a través de mí.  
Aunque yo, de nuevo, soy de carne.  
Y, de pronto, me encuentro aquí.  
(¿Seré de aquí algún día?)

## el tejado

después de la helada  
los tejados se templan  
con los rayos del sol del mediodía.  
las gotas resbalan,  
con nueva vida,  
hasta el borde  
y se desprenden  
cayendo una a una  
sobre las barandas viejas del  
balcón, oscuras y oxidadas.  
estallan las gotas, brillando,  
en pequeñas perlas de agua  
–muchas y diminutas–  
que refrescan el aire  
y lavan la baranda.  
la baranda también brilla, ahora,  
empapada por las gotas frías,  
y las gotas siguen su camino  
por el aire  
hasta el suelo.

siguen y siguen cayendo  
dejando en la acera un reguero  
de los sueños del tejado  
que aguanta en las noches de  
invierno  
el frío  
para que durmamos.  
por la mañana me asomo  
y veo cómo se despereza  
la casa que nos protege.  
como un gato después del baño,  
se sacude  
quitándose las gotas frías  
de la helada.  
nuevo sol, nuevo día  
y las tejas limpias  
para saludar al cielo.

bosque

*a Hergujuela de la Sierra*

Ahí fuera en el campo  
aunque yo me sienta intruso  
hay mucho brazos que me acogen  
y me acarician  
sin yo saberlo  
y me dicen: “estás en casa”.

Miran con la sonrisa  
de quien ama a los indefensos  
y a los sinceros;  
a quienes se muestran a sí mismos,  
se quieren  
y obran desde el cariño.

Miran con la sonrisa  
de quien ama  
a los que creen que se han perdido,  
a los que buscan desde el recuerdo  
la vida eterna.

“Buscan fuera”, dicen,  
“lo que han de buscar dentro.  
Pero al menos han empezado a  
buscar.  
Nosotros les daremos silencio  
y calma  
para buscar de verdad”.

Al final del día  
uno se siente arropado en un gran  
nido.  
Sin saberlo lo ha ido haciendo todo  
más despacio.  
Cuando llegó al bosque estaba  
nublado por sus pensamientos.  
Quedaba en él, aún,  
desconfianza.

Pero las piñas se abren,  
las hojas ceden al viento  
y el corazón del bosque se extiende

como el micelio blanco bajo las  
rocas.

Pronto ya no hay pensamientos,  
sino un único abrazo.

---

**cardo seco**

cardo II

el cardo  
te pica y te acaricia.  
tiene el pelo  
de un animal salvaje,  
áspero y duro,  
indómito.  
sus púas se resquebrajan  
pero su núcleo blanco  
permanece  
besando al sol.  
es la tecnología  
del campo de castilla,  
el hermano pequeño  
y rudo  
del girasol.  
su cáscara de hojaldre,  
de mimbre,  
de adobe,

del mismo material  
que las almas de los pueblos,  
que se secan  
y se secan  
pero aman al sol igual.  
dedos maduros  
que sujetan los caminos  
y que limpian los cielos  
con sus corazones  
de escoba.  
nidos mínimos  
de mis ojos  
y de mi inmenso amor por la tierra.  
álzate, cardo,  
cubre de tierra la tierra.

## niebla

una niebla fina cubre  
el día naciente.  
ya no hay higos en la higuera,  
los pájaros buscan sin suerte.

crecen brotes en el frío  
y setas blancas;  
el rocío se esconde, como el sol,  
entre las plantas.

yo tengo un trozo de tierra  
aún en letargo.  
con la esperanza de que crezca  
lo voy cuidando.

## cigüeñas

Ser cigüeña y estar  
en lo alto de la torre  
de la catedral.  
Mirar a tus hermanas,  
que eligen también, como  
madrigueras,  
las grandes obras del hombre.  
Coronando,  
seguras en sus espacios abiertos,  
grandes aves,  
vigilando.  
Algunas parecen ratas  
en los recovecos  
del templo de Dios.  
¿Sienten las cigüeñas soledad?  
¿Son también difíciles  
las distancias  
por encima de nuestras cabezas,  
o el aire las aligera  
como aligera los huesos

de las cigüeñas?  
Son pocas, se ven, pero están lejos.  
No tienen plazas.  
Siempre se muestran seguras,  
porque no tienen los cuerpecillos  
débiles  
de los gorriones.  
Ni su número.  
Son pocas, tal vez todas  
se conocen.  
Pero crujen sus picos de una en  
una,  
no las veo compartir sus cantos,  
no pelean, entre todas, por las  
migas.  
Si yo tuviera el cuerpo enorme  
de las cigüeñas  
tampoco sentiría soledad.

## hojas viejas

cómo brilla la muerte  
de las hojas viejas.  
cualquiera diría  
que la muerte es la muerte.  
la vida es más tranquila.

los brotes verdes nacen  
del crujido de las ramas secas.  
la nueva vida de los brotes verdes  
brilla como la muerte de las hojas  
viejas.

tal vez nunca fue nueva,  
la vida.  
tal vez nunca fue muerte,  
la muerte.  
¿hacia dónde creces, árbol,  
sino al mismo lugar de siempre?

## el grillo

un sonido del campo  
se había colado, de noche,  
en la ciudad.  
arrinconado entre unas  
tuberías,  
en la plaza,  
donde menos lo podía esperar.  
un grillo, llorando,  
esta vez sin la espesa barrera  
de hierbas altas  
para ocultarse.  
Era, francamente, horrible,  
y nunca lo hubiera imaginado así.  
Una espantosa cucaracha con alas,  
una mancha negra  
con dos hojas blancas a la espalda  
que frotaba y frotaba.  
Un grillo en la plaza,  
como el espíritu atrapado  
de un estudiante borracho

que volvía a casa solo  
una noche.  
Como castigo inclemente  
del monumento,  
cansado de ser lugar de tránsito  
de pobres desgraciados,  
cansado de esperar el día.  
Un nuevo arco se abrió en la plaza,  
una nueva puerta en el soportal,  
una boca tan oscura  
tan oscura,  
sin un solo adorno.  
Y el joven,  
lento por la bebida,  
lo cruza;  
y la plaza no se ríe  
porque solo contiene rabia;  
solo suena el reloj  
cuando vuelve el día  
y el monstruo se alegra  
de brillar  
entre tanta gente

que lo admira.  
No soporta la soledad  
de las miradas nubladas  
de los borrachos.  
Ha cobrado justicia  
con el poder que alberga  
después de tantos años  
de magna centralidad,  
de admiración,  
de tripa llena  
de muchedumbre y energía.  
Un gesto pequeño  
aquel bicho  
desterrado  
llorando junto a la puerta  
de la Plaza Mayor;  
un gesto del hastío de la ciudad  
una prueba de su odio hacia las  
criaturas pequeñas  
un símbolo del poder de algo más  
grande.

un grillo negro,  
feo como una cucaracha  
(un borracho para siempre).

## la muerte de la paloma

hoy ha muerto una paloma.  
un perro la atrapó,  
le dio un bocado  
y ahora su cuerpo gira sin sentido  
y salta  
y se cae sobre su lado izquierdo.  
los espasmos de un sistema en  
quiebra,  
el dolor  
que se comparte por los ojos  
negros,  
confundidos.  
un baile, un ritual.  
plumas pardas que caerán al suelo.  
la gran tragedia no es nada.  
¿Quién muere ahí?  
¿Quién muere en la paloma?  
suelta sus fuerzas  
al desagüe de la tierra, el aire,  
las miradas y la mente.

¿está notando alguien,  
lejos de aquí,  
ese último impulso?  
¿se hace marca  
en otros cuerpos  
este estallido de la vida?  
¿tenemos todos  
la marca de cada muerte?  
son quizás nuestra fuente,  
y de igual modo que la manzana  
se convierte en nuestros huesos,  
la muerte  
se convierte en nuestra vida.  
y flota, y continúa,  
y he escondido a la paloma  
para que muera tranquila.

año nuevo

Garzas blancas  
como folios nuevos  
entre los chopos sin hojas.  
¿Anunciáis un comienzo,  
el fin de un descanso,  
el año nuevo?  
Como los pies del niño dios  
que reciben, desnudos,  
los besos de las señoras  
en la misa dominical.  
Garzas blancas, pies desnudos,  
tierra fría que comienza a calentar,  
¿estaremos a la altura  
de este tiempo manantial  
que perdona, limpia y cura  
y vuelve siempre a comenzar?

afilan

la linterna afila las sombras

la luz afila la nieve

las almas, el silencio

la distancia amistades

afila la cercanía la piel

la piel hace el mundo

afilemos el mundo

dicen

mi madre dice:

un penique por tus pensamientos

y mis pensamientos dicen:

haz un poema

y el poema dice:

mi madre dice:

un penique por tus pensamientos

y mis pensamientos dicen:

haz un poema

y el poema dice:

no te repitas,

que la gente dice cosas muy bonitas

aunque a veces pienses que hay

demasiadas palabras.

por ejemplo,

mi abuela dice:

hijo, ¡que difíciles tienes los dedos!

y una niña dice en el mar:

no grito por sufrir,

grito por miedo a las algas,  
y su hermano se pone las algas de  
peluca y dice:

jeje

y mi dedo dice: mira ahí  
y dice un gorrión gordo: pipipi  
y cuando se da cuenta de que  
podemos ver perfectamente cómo  
abre su piquito al cantar,  
se va de la vergüenza  
y mis pies dicen: ahora a andar  
y dice una flor: huelo a flor,  
y efectivamente olía,  
y el poema dice:  
no se si soy un poema  
y yo le digo:  
me vale con que seas bonito  
y mis padres dicen:  
a cenar.

qué hacer

¿de qué te sirve  
serenarte?  
¡arráncate!  
¡convierte la furia en arte!

¿de qué te sirve  
arrancarte?  
serénate...  
no la dejes dominarte.

¿de qué te sirve  
pensar qué hacer?  
deja de escucharme.  
ve que las cosas pasan  
sin preguntarte.

poema de la cara fría

en invierno

unas mejillas coloradas

pasean contra el viento

–sus pelitos bailan

como la gente contenta

como la hierba del prado

como los gallos de hierro

en los tejados–.

una nariz llora

más puntiaguda que nunca

porque prefiere el calor.

las orejas se esconden entre el pelo,

pobrecitas,

y una lengua preocupada cura,

cada poco,

unos labios resecos  
–agrietados  
como el hielo de los charcos–.

ay, los ojos,  
qué molestos están por el sol  
blanco,  
cuánto brillo.  
tienen al menos el abrazo  
de unas pestañas finas  
que no dejan pasar el polvo,  
ni el viento,  
ni las malas compañías.

si tú supieras, calentito corazón,  
lo que aguanta una cara fría...

caracol

el caracol en la lechuga  
no sabe que roba.

el sol no sabe  
que seca el rocío.

la hoja en otoño  
no sabe por qué se sonroja.

el petirrojo no sabe  
que me alegra el día.

## frutos secos

dentro de una nuez hay una noche.

si se abre, hay un día.

si se entierra, crece un nogal.

en cada nuez del nogal hay una  
estrella.

en cada estrella está la primera  
nuez.

dentro de una almendra hay un lago.

si se pisa, salpica.

si se come, ahoga.

si se regala, calma la sed,

cura el cuerpo, aclara la sangre,

aclara el cerebro.

el almendro está en el cielo.

en una avellana hay un ángel.

no se sabe muy bien lo que dice.

si se escucha, se ríe.  
si se escucha, se llora.  
si se escucha, se calla.  
pero si se responde,  
pero si no se escucha,  
la avellana queda hueca.

en un pistacho hace frío.  
el pistacho se va abriendo,  
y el frío saliendo.  
si se abrigan las orejas, se enfrían  
los pies.  
si se abrigan los lunes, se enfrían  
los martes.  
si se abrigan los padres, se enfrían  
los hijos.  
¿y si se abriga el pistacho?

en una castaña hay una castaña.  
no caben más cosas.

en un higo, sin embargo, cabe un  
cuento.  
si se lee, es bonito, y alegre.  
pero si se cuenta,  
si se cuenta es un abrazo  
entre todos los amigos  
que ya no saben de quién es la voz  
ni de quienes los oídos  
ni quién plantó la higuera  
ni quién colocó el cuento  
en el higo.

planta una higuera en el jardín,  
que además de dar sombra, cuentos  
e higos,  
da cariño  
y más higueras  
y más amigos.

dar el sueño

cuando no se duerme uno  
sino es otro al que se duerme  
es mucho más dulce el sueño,  
por aquel beso en la frente.

aún se cuele algo de luz,  
parpadea en las paredes  
y tus párpados se posan  
en purísimos placeres.

sale suave de mi boca  
el susurro de una nana  
mientras silban los insectos  
más allá de la ventana.

y tu boca se prepara  
para impedirme dormir,  
porque roncas, cariñito,  
como grita un mal faquir.

pero a mi eso no me importa  
con tal de verte arropada  
y llevar hacia el descanso  
a esa carita cansada.

que aunque este pequeño gesto  
se olvide al amanecer,  
sé que regalarte el sueño  
es lo mejor que puedo hacer.

---

## sobre el autor

La ternura discreta. La ternura es siempre discreta. La segunda, nunca la primera, medio escondida. Un gorrión y su grito; dulce, chillón, pero con pretensión de anuncio, de grito. Un "¡oigan!" suave, muy suave y respetuoso, amable. Oigan, si quieren. Escuchen, preparen sus orejas que se las acaricio. Si quieren. Si les apetece. Porque yo, discreto, comparto mi ternura porque soy tierno. No es un envío, es tan solo mi exhalación, mi fulgor vivo, mi sonrisa. No es para nadie en concreto, ni siquiera es para mi. Soy yo un regalo, si quieren.

Esa es la ternura discreta de un gorrión al que nadie mira, coronando un seto redondo bajo el sol aún fresco de la mañana.

Es discreta, también, la pera, que se sonroja, es humilde. No es la manzana, siempre presente, ni el dulzor protagonista de la

fresa. No se molesta en perseguir siquiera la excentricidad del plátano. Se sonroja y es discreta, y rueda hasta esconderse, y comparte solo su sabor con el amigo. Con el que tiene una lengua paciente, tranquila y lenta, con el que busca un frescor que apacigua, la brisa en la fruta. Con el que acepta su confianza, con el que tiene tiempo.

La pera, como el gorrión, se lo darían todo a todo el mundo. Aunque lo parezcan, sus dones no son secretos. Es verdad, tampoco están en la superficie, pero aún así son públicos, abiertos, libres. Se desparraman sin miedo, pero discretos. En su interioridad. Un sabor de interior y un grito de interior, para todos.

Un libro abierto con la letra muy pequeña.  
Aquí estoy, lector, pero paciencia.